

banle por su oficiosidad, pues con rara perseverancia prestaba un favor, con tal, sin embargo, que pudiese hacerlo escribiendo. Una diligencia personal le costaba más que si hubiese tenido que dictar cien cartas ó escribir las de propio puño, lo cual hacía con una ortografía completamente peculiar, pero con giros tan variados y elegantes, que podía parangonársele con madama de Sevigné. En definitiva, tales eran los contrastes que ofrecía, que no parecía sino un enigma viviente, enigma cuyo sentido todavía hoy se ignora.

»La señora Vercel era un tipo correcto, modelado sobre los principios más severos, y así como la regularidad y la armonía de su físico no tenían pero, eran irreprochables su lenguaje y su conducta. Al primer aspecto, la impresión que producía en los ojos y en el ánimo era de que aquella organización maravillosa se movía á impulsos de los rodajes de una inteligencia superior de la que la razón parecía ser la péndula que moderaba los movimientos y regulaba la marcha. Conocedora de la sociedad, por decirlo así, lo había calculado, formulado todo por ecuaciones algebraicas, á fin de resolver el problema de la consideración en la vida social. No daba importancia sino á la opinión; para ella todo se encerraba en las prácticas; lo primordial era la forma, pero sin perjuicio de la esencia. Sin embargo, al igual que era más que noble aunque careciese de pergaminos, su talento la hacía superior á la etiqueta. Nunca se la cogió en un renuncio en la acción más insignificante, ni dejó sin réplica proposición alguna. Se tratase de lo que se tratase, su juicio era claro y preciso. Friamente acogida por las mujeres y solicitada por los hombres su sociedad, la señora de Vercel ocupaba una posición excepcional. De fijo no se sabía quién era ni qué hacía, aunque no daba pie á la más ligera sospecha, y aun á cambio de perdonarla algunos pecadillos, la gente hubiera querido aclarar las sombras en que estaban envueltos su origen y su vida. Quererla, no la querían, mas los que la trataban se veían obligados á respetarla. Sin bienes de fortuna, hacía alarde de economía, pero no condenaba el lujo; así es que, sencilla y

modesta sin afectación como era, nada exigían de ella respecto del particular: en resumen, era una mujer perfecta para quienquiera no podía, como yo, sondear su conciencia, y aun yo misma no debía conocerla hasta después de haber sido su víctima.»

Fernanda se detuvo por segunda vez, pero no para meditar, sino para enjugarse las lágrimas.

XVII

«—Mi existencia había cambiado radicalmente, continuó la joven; el conde de C... había hecho de la suya la mía; el apellido de mi padre y el título de pupila suya me abrían la puerta de todos los salones. Por la mañana, mi vida estaba consagrada al estudio; la pintura y la música, por las que sentía pasión, y en las cuales hacía rápidos progresos, me absorbían parte del día; á las cuatro, mi tutor venía á verme, admiraba mis esbozos, y después de hacerme cantar me aplaudía. Con frecuencia éste se quedaba á comer con nosotras, y en comiendo empezaban las diversiones, tales como teatros, tertulias y bailes. Como la reputación de la señora de Vercel era intachable, ésta me conducía á todas partes; pero doquiera que fuese me encontraba siempre con el conde de C..., quien no perdía ocasión de hacerme desplegar las galas de mi talento y mi ingenio. A los ojos de la sociedad, y aun á los míos propios, mi tutor cumplía dignamente el mandato de que se encargara, pues en realidad un padre no hubiera hecho por su hija más de lo que él hacía por mí.

»No obstante, en medio de aquella no interrumpida serie de estudios y de diversiones que me convertían en artista mujer de mundo y en mujer de mundo artista; en el seno de aquella existencia que yo no hubiera escogido á poder escoger de antemano mi vida, experimentaba vagos presentimientos, un temor instintivo que yo rechazaba como una especie de crimen. Poco á poco, sin

embargo, y á medida que fué desenvolviéndose mi discernimiento al contacto de las personas que componían nuestra sociedad habitual, y por efecto inevitable de la marcha de los sucesos, mi pudor se alarmó instintivamente.

»En efecto, el conde de C..., en sus relaciones conmigo, más estrechas cada día á causa de la intimidad de la vida común, por más que yo hacía cuanto me era dable para mantenerlo á raya, iba demostrando progresivamente una impaciencia inexplicable, un ardor reprimido, cuya causa no podía yo comprender. Además, su afecto tomó nuevo sesgo: á lo menos á mi ver no era ya esa afectuosa benevolencia que un tutor lleva á su pupila, sino algo como galantería, traducida en lenguaje que primeramente me turbó y luego concluyó por infundirme sospechas. Al principio ensayé tímidamente dar á comprender á la señora de Vercel el temor que paulatinamente iba señoreándose de mí, y como ésta quizá previera semejante momento y quizá también aguardara tal explicación, me comprendió desde la primera palabra. ¡Ay! únicamente entonces fué cuando recibí la primera impresión de terror que el carácter de aquella mujer peligrosa debía producir en mí, á pesar del arte de las transiciones en que era consumada maestra y de las imperceptibles gradaciones de lenguaje que tan perfectamente poseía.

»—Hija mía, me dijo, efectivamente he notado que el conde no parece el mismo; está triste y pensativo y suspira. V. teme que no sufra física ó moralmente, y yo también. Primeramente en su modo de vivir se ha introducido un cambio inconcebible, hasta el extremo que sus opiniones políticas parecen no ejercer influjo alguno en sus resoluciones. Por otra parte, ha abandonado todos sus placeres habituales: no se ocupa en caballos, ni concurre al *club*, y cuando juega al *whist* su imaginación vuela por otras regiones; parece que elude nuestra presencia, ó que delante de nosotras siente una perplejidad insuperable. Si antes de que V. saliese del colegio le hubiese V. conocido, era el hombre más alegre y más amable del mundo. Pero tranquilícese V., yo

le hablaré, le preguntaré la causa de semejante melancolía y le diré que está V. cuidadosa.

»—Váyase V. con cuidado, señora, repuse, me parece que no comprende V. bien mis palabras.

»—¡Cómo! arguyó la señora Vercel, ¿miramientos y precauciones para dar á entender al prójimo que una se interesa por él, y se ocupa en su salud, y se inquieta por su dicha? ¡Bah! V. no piensa lo que dice; dejemos las mañas para los que patrocinan el mal. Yo no soy astuta, téngalo V. entendido, y siempre me ha ido bien el encaminarme al fin en línea recta y el hablar con franqueza: la verdad es la destreza de los corazones puros. Tranquilícese usted. Por otra parte, el señor conde de C... me conoce hace mucho tiempo, y sabe perfectamente que es tan imposible ocultarme algo como desviarme de mi deber.

»Como es de suponer, tal rudeza de lenguaje debía desvanecer toda sospecha, pues la señora de Vercel, cuando quería disimular sus lisonjas, imprimía á su voz un acento áspero. Respecto del particular, dicha señora asumió una originalidad notable, y es que de esta suerte ocultaba su hipocresía, ó más bien dicho, su profundo conocimiento del corazón humano y su maravillosa sutileza.

»Aquel día el señor de C... no se dejó ver de nosotras; así, pues, yo no salí para ir al teatro ni para concurrir á tertulia alguna, sino que me quedé en casa, donde para emplear el tiempo me puse á leer; pero á pesar mío interrumpía la lectura para entregarme á largas y profundas meditaciones, y de tiempo en tiempo me asaltaba cierta angustia, como la experimentamos cuando nos amaga una desgracia desconocida, pero real.

»La señora de Vercel estuvo ausente toda la velada, y al día siguiente vino á mi encuentro con gesto melancólico, me abrazó con una especie de afectuosa oficiosidad, y haciéndome sentar á su lado, me asió las manos y me dijo:

»—Hablemos, hija mía, tengo mucho que decirle; anoche tuve una explicación con el conde, pues no me gustan los misterios. Yo nada sabía referente á su si-

tuación de V., pero ahora que por él la conozco, se lo confieso, no puedo menos de compadecerla á V. y de vituperar á su tutor, quien, según hoy ve y confiesa él mismo, ha obrado con una ligereza sin ejemplo.

»—¿Pero qué ocurre, señora? pregunté yo con ansiedad.

»—¿Qué?... que es menester que yo misma me encargue de decir á V. lo que hay, ya que él no se atreve á hacerlo; pero no tiemble V. de este modo, hija mía; quizá la situación no es tan desesperada como imaginamos.

»—Concluya V. de una vez, señora, exclamé, temblando de veras y palideciendo.

»—Es probable que V. ignore, hija mía, continuó la de Vercel, que el marqués de Mormant, su padre, al morir, dejó asuntos pendientes de resolución y por demás embrollados, que no sólo han absorbido al conde de C... siete años para ponerlos en claro, como dicen los agentes de negocios, sino que satisfechos los gastos y las deudas, ha resultado que V., en vez de poseer un céntimo, todavía debe treinta mil francos, es decir, los debía el marqués.

»—¡Virgen santísima! exclamé, ¿y cómo pagar esta deuda? La memoria de mi padre, de un antiguo caballero de la monarquía, de un coronel del Imperio, no puede quedar con semejante mancha, pues esto equivaldría á la bancarrota, ¿no es así?

»—¡Oh! nada tema V., me dijo la señora de Vercel; también el conde es antiguo caballero de la monarquía y coronel del Imperio, y todo lo ha satisfecho. V. no posee nada, es verdad, pero el nombre del marqués de Mormant ha quedado incólume.

»—¡Dios mío! bendito seáis, exclamé juntando las manos. Luego, dirigiéndome á la señora de Vercel, añadí: ¿cuándo veré al conde para arrojarle á sus pies y darle las gracias?

»—Sí, repuso ésta, pero V. se queda pobre y de consiguiente con su suerte comprometida.

»—Lo presentí hace mucho tiempo, señora, repuse dando un suspiro.

»—Pero lo había V. olvidado desde que salió de San Dionisio, sea V. franca.

»—Es verdad, señora, ignorando como ignoraba las contingencias de la vida, no me he fijado nunca en necesidades que el conde no me ha dejado prever.

»—Lo concibo, ¡es tan bondadoso! pero en ciertos casos la bondad es un defecto, y muy grande. Ante todo ésta debe ser razonable, pues de lo contrario se convierte en imprudencia. La intención del conde era excelente, me consta; pero el infierno está empedrado de hombres de buena voluntad. Al conde le ha sido imposible acordarse de su padre de V. sin pensar en lo que éste hubiera hecho en iguales circunstancias por la hija de él; no ha podido verla á V., pobre huérfana, hermosa y llena de atractivos, sin interesarse por su suerte, y ha recordado que al lado de V. representa, no solamente á su antiguo hermano de armas, sino también á un desterrado ilustre. Entre soldados todo es solidario, todo es común entre realistas; que la religión de las almas generosas es apoyarse mutuamente en la desgracia. La compasión ha sido en él más poderosa que la reflexión, ¡qué digo! ni siquiera ha reflexionado; verdad es que si en el medio social en que vivimos la gente reflexionara, nunca se llevaría á cabo obra meritoria alguna. El conde, llevado de sus sentimientos caballerescos, lo que ha hecho ha sido abandonarse al primer impulso, y á mí obligádome á consentir en ser el guía, el rodrigón de usted sin permitirme vislumbrar sus planes. ¡Ah! Fernanda, ¿quién ha desenvuelto las felices disposiciones de V., aunque confesar se deba que ha salido V. tan aprovechada que ha sobrepujado los sacrificios en su pro aceptados? ¿A quién debe V. el ser hoy una mujer notable, una señorita cumplida? ¿á quién el que en la actualidad fuese V. una maravilla, si hoy la única maravilla digna de admiración no consistiese en la riqueza? A él y á nadie más que á él. El hablar á V. como lo hago, me molesta, me trastorna y me conmueve hasta arrancarme lágrimas, pues no puedo acostumbrarme á la idea de verla á V. desgraciada, en lucha con las necesidades, víctima de la penuria. ¡Ay Dios mío! tan

tranquilas como vivíamos, y hete aquí que de improviso se abre un abismo á nuestros pies. ¿Qué hacer? ¿qué será de V.?

»Estas palabras, tanto más terribles cuanto no encerraban una significación clara y determinada, caían una á una en mi corazón, y al tiempo que abrían en él profunda llaga cual lo hubiera hecho plomo derretido, inundábanme el espíritu de claridad siniestra como la de los relámpagos á cuya luz descubrimos espantosos precipicios. Sin embargo, por violenta que hubiese sido la sacudida, no logró abatirme: como en un terremoto, sentí el suelo vacilar bajo mis plantas, pero permanecí en pie y con firmeza y confianza bastantes para responder con serenidad que sorprendió á la de Vercel.

»—Le agradezco á V. su afectuoso interés, señora; resignada como estaba yo á vivir en San. Dionisio, fué menester una orden terminante de mi tutor para quebrantar mi resolución. Allá me volveré para transmitir á las demás la educación que en él he recibido.

»—Ya sabe V. que esto es imposible, repuso mi interlocutora.

»—¿Por qué?

»—Porque los reglamentos se oponen.

»—¿Está V. segura de ello?

»—Puede V. creerme: quien sale de San Dionisio como pensionista, no vuelve á entrar en él como profesora.

»—¡Otra esperanza desvanecida! murmuré bajando la cabeza.

»—Por otra parte, continuó la de Vercel, aun suponiendo que consiguiese V. entrar de nuevo en San Dionisio, ¿se conformaría V. á vivir en él ahora que está acostumbrada á hacerlo en medio de la sociedad y conoce todos sus atractivos y todos sus placeres?

»—¡Oh! respondí con vehemencia, sí, y no echaría menos cosa alguna.

»—En lo presente lo cree V. así, pobrecita, y lo dice usted de buena fe, porque en su entusiasmo por la abnegación no lee claramente lo que pasa en su propia alma. ¡Ah! usted ignora que se ha convertido actual-

mente en manantial fecundo de impresiones y sensaciones que exigen espacio y libertad, ancho campo y ejercicios no cohibidos: las artes han agrandado su esfera, Fernanda; ha soñado V. en una existencia independiente, se ha acostumbrado V. al lujo, se ha visto usted adulada, y han sido previstos y satisfechos sus deseos y aun sus caprichos. La tranquila mansión do viviera V. en otro tiempo, se convertiría en cárcel para su cuerpo y en tumba para su alma. Créame V. á mí, hija mía, pues tengo alguna experiencia del mundo: cuando no hemos alcanzado todavía á la cúspide, y ya ni siquiera nos es posible detenernos en el camino, ¿cómo retroceder, constreñirse á costumbres rigurosas y mezquinas á propósito únicamente para la infancia y la vejez, pero no para la edad de V.? Las ilusiones que respecto del particular se está V. forjando, pronto la sumergirían en el abatimiento más profundo y la colocarían en el más insostenible aislamiento. Seamos en este momento lo suficientemente animosas y prudentes para contemplar desde luego las cosas del modo que son, y no precipitarnos en una desventura mayor que la en que nos hallamos sumergidas.

»La fuerza divina que viniera en mi auxilio me sostenía aún y respondí:

»—Pues bien, señora, si es verdad que yo tengo un poco de talento; sí, como me han dicho con mucha frecuencia, soy apta para adquirir en las artes la superioridad que forma á los artistas, viviré como tal.

»—¡Qué niña es V.! repuso mi interlocutora; ¡pobre niña de corazón de oro! ¡cuán patente se ve que no conoce lo más mínimo el mundo! Pero lo concibo, porque ¿acaso el hechizo de las impresiones nuevas nos permiten observar? Estudiar es trabajo que absorbe la inteligencia; para apreciar es indispensable saber, así como para comparar es menester haber sufrido. No adquirimos la experiencia sino á nuestra costa; es el amargo fruto de las decepciones. ¡Llevar la vida de artista, hija mía, á los diez y seis años y hermosa como es V.! ¡Imposible!

»—Con todo, señora, repliqué, mis pinturas son admiradas.

»—Porque no tiene V. necesidad de venderlas; además, ya es sabido que los aficionados hacen siempre obras maestras; pero créame V., Fernanda, uno es pintar para vivir y otro muy distinto hacerlo para matar el tiempo.

»—También he oído decir á menudo, repuse, que una voz extensa y dócil, un buen método y una excelente organización musical eran en el día fuente de gran fortuna.

»—La hija del marqués de Mormant no puede estreñarse en la Ópera; por otra parte, yo no niego sus buenas disposiciones de V. para la música, aunque bien mirado no son tales, toda vez que aun necesitaría cuatro ó cinco años antes no pudiese presentarse en escena.

»—No obstante, cuando canto en las tertulias, se me tributan unánimes aplausos y la sensación que inspiro raya en el entusiasmo.

»—Porque pertenece V. á la sociedad misma que la aplaude, y aplaudiéndola, esa sociedad envidiosa se rinde homenaje á sí propia. Halagándola á V., los que la ensalzan humillan á los artistas de profesión, cuyos triunfos envidia esa sociedad inepta y burlona; pero cuando esas eminencias de los salones aparecen en público, se estrellan ignominiosamente ante éste, que ha comprado el derecho de criticar. Para la gente bien educada existen mil circunstancias atenuantes que influyen en sus opiniones; V. tiene unos ojos que siempre le darán la razón en las tertulias, diga lo que quiera y haga lo que haga, y con una de sus sonrisas pinta como Rafael ó canta como la Malibrán. Cuanto acabo de decir es cierto con relación á cada tertulia por sí; es una moneda de que se sirven en todos y cada uno de los salones, como de un tanto ó ficha de sociedad. La fama no suele adquirirse de improviso, mi querida Fernanda, sino que es resultado de improbos estudios, de muchas vigiliias, de larga serie de decepciones y de no interrumpidos disgustos y sinsabores; y la mujer llegada á la gloria, radiosa y coronada del prestigio de su fama, en su marcha ascendente y antes de llegar al triunfo de su

orgullo, con frecuencia ve desvanecidas las más gratas y queridas esperanzas de su corazón. No acaricie V. semejantes ilusiones, hija mía; sólo la vida oscura, la vida entre paredes es la que proporciona la dicha.

»—Pues bien, señora, repuse, ya que no esos aparatosos talentos, emplearé los talentos útiles; me dedicaré á cosas que producen poco, pero cuyo producto á lo menos es seguro; no me asustan la pobreza y las privaciones, y ya que es menester sufrirlas las sufriré.

»—Desvarío, Fernanda, desvarío y nada más es lo que V. dice. Esto lo ha leído V. en los libros y ha creído que era reflejo de la vida real. ¡Copiará V. música, bordará V., labrará V. tapices! ¡Pobre hija mía! Lo que usted proyecta es la miseria, y la miseria va á matarla. La miseria es la resbaladiza pendiente que conduce al vicio; en la miseria se enerva la inteligencia y se quebrantan las resoluciones más firmes, y todo se ve al través del prisma de la necesidad. No convirtamos la vida en una novela, Fernanda, pues la vida tiene exigencias materiales y en ella la virtud sólo al abrigo del riesgo nada cuesta. Créame V., siempre es prudente evitar la lucha.

»El corazón se me oprimió bajo el peso de una impresión indecible; parecióme que la fría realidad se me echaba encima y me envolvía como las paredes de un sepulcro.

»—¡Dios mío! dije entonces con acento que debía exprimir toda la ansiedad de la duda, ¿qué hacer?

»—Escoger el menor de los males, repuso mi interlocutora.

»—¿Pero cuál es el menor? Deme V. un consejo, señora; ilústreme V. con su experiencia: ¿qué piensa mi tutor? ¿qué ha resuelto?

»—¿Su tutor de V., hija mía? ¡Ay! es más digno de lástima que no V.

»—No la comprendo á V., señora. Por Dios, explíquese V.

»—Vacilo en decírselo todo.

»—Pero en definitiva, ¿qué ocurre?

»—Que el señor de C... es desgraciado,

»—¡Desgraciado! supongo que no por culpa mía. Mi situación, con todo y ser triste, para nada le interesa; á lo más excita su compasión.

»—Hace V. mal en pensar de esta suerte. El conde se ha acostumbrado á verla á V. y se ha abandonado atolondradamente al hechizo de su compañía sin prever que llegaría momento en que la separación sería terrible.

»—¡La separación!... ¿así, pues, debo dejar á ustedes, abandonar á mi tutor?

»—No... sí... No lo sé, ni él mismo lo sabe tampoco; no acierta á resolverse. Puede y no puede V. quedarse... Le aseguro á V. que la situación es verdaderamente aflictiva. Cuando le he hablado de su salida de V., ha inclinado la frente y se ha puesto á llorar.

»—¿A llorar?

»—Sí, él, veterano, hombre que ha atravesado los campos de batalla donde yacían sus mejores amigos, sin verter una lágrima, ha llorado como un niño ante el temor de separarse de V., y aun por un instante se ha arrepentido de haber satisfecho las deudas del marqués de Mormant, pues semejante cantidad equivalía para V. casi á la independencia.

»—¡Oh! no, no, ante todo la memoria de mi padre, repuse; pero no acierto á comprender á qué viene el interés que se toma el conde por una huérfana á quien puede decirse ha visto por vez primera hace diez meses.

»—¡A qué viene! ¿Y V. no lo comprende? ¿Usted no conoce que el conde la ama con invencible apasionamiento y ha hecho cuanto humanamente ha podido para acallar los latidos de su corazón? ¿Usted no comprende que ahora la dicha y la vida del señor de C... dependen de V.?

»La sorpresa y el terror que me infundieron estas palabras dieron en tierra con mis fuerzas; ofuscóseme la vista, doblegáronseme las rodillas y me caí en una silla de brazos. Casi instantáneamente el conde de C..., que indudablemente estaba al acecho, entró ostentando la mayor turbación en el rostro. Al verle, me senti conmovida y horrorizada á un tiempo, y en mi alma se des-

pertaron juntos la gratitud y el miedo. Entonces comenzó una escena singular y terrible de la que no conservo sino un recuerdo vago, porque cuando pasó más me encontraba muerta que viva. El conde se arrojó á mis pies, con demostraciones de dolor no sé si fingidas ó reales. La señora de Vercel, que debiera haberme defendido, á lo menos con su presencia, me entregó retirándose. Mi tutor se aprovechó de mis emociones y de mi desesperación y permaneció sordo á mis súplicas é incompasivo á mis lágrimas. Nada me valió el invocar en medio de gemidos el nombre de mi padre; mi pérdida estaba resuelta, y efectuóse. Al día siguiente era yo la querida del conde de C...»

Al escuchar esta pronta confesión, Clotilde no pudo reprimir un grito; pero apresuróse á reparar semejante involuntario ímpetu de reprobación, balbuceando algunas vagas palabras de excusa.

—¿Por qué se disculpa V., señora? dijo Fernanda moviendo tristemente la cabeza; el terror que ha experimentado es natural, y esté V. segura de que no me aja ni me admira. No es tan vulgar mi modo de pensar para que ensaye buscar mi justificación en el crimen ajeno. Es indudable que yo hubiera sido digna de compasión y merecido más ésta, que no el desprecio, si ahí hubiese parado todo, si me hubiese detenido en el camino de mi degradación; pero era imposible: tenían dispuesta mi pérdida total. Mi caída era una acción de la vida íntima, que en rigor podía pasar inadvertida á los ojos de la sociedad y dejarme un refugio en ella lo mismo que en mi conciencia; pero entre la gente frívola la pasión no se satisface sino á medias si la fruición de la vanidad no la hace pública y escandalosa. El hombre de mundo ha menester una dicha envidiada, y por tanto al orgullo del conde de C... le era indispensable el holocausto de mis triunfos pasados. A los príncipes cuyo ostracismo lloraba, hubiera ocultado y aun negado á su querida; pero bajo el imperio de un régimen que él consideraba como una época de desorden social, hizo ostentación de la joven á quien acababa de seducir. Si el conde hubiese tenido veinticinco años, tal vez me hu-

biera sido dable obtener de él el silencio; pero tenía cincuenta y quería hacer envidiosos, complaciéndose en rasgar diariamente y uno á uno los velos de mi innato pudor, del pudor de aquella niña noble confiada á su honor por un padre moribundo en el campo de batalla y en presencia del ejército francés. La antigua alumna de San Dionisio, aquella á quien prometieran lo porvenir de las mujeres castas y dichosas, brilló, arrastrada por él públicamente, cual cortesana despreciada, adulada, señalada con el dedo, desdichada y sin disculpa, abandonada al torbellino de los placeres, buscando distracción en el ruido de las fiestas, rechazando el recuerdo de lo pasado, no atreviéndose á mirar á lo venidero y no tomándose siquiera el tiempo de llorar sobre lo presente.

»Pero al estampido del cañón de julio, nuncio de la caída de un trono, sucedió pronto la campanada del cólera publicando con su lengua de bronce la agonía de un pueblo... El conde de C... fué una de las primeras víctimas. En aquella época ignorábase aún si la enfermedad era ó no contagiosa. Todo el mundo huyó; yo me quedé sola con el conde, señal de abnegación en una mujer perdida por él que le conmovió indudablemente, ya que mandó por un notario á quien dictó sus últimas disposiciones, por las cuales me instituía á mi su heredera universal.

»Escuche V. con atención, y vea si intento disculpar mis faltas.

»Los restos de una fortuna cuantiosa, aunque comprometida por el lujo desenfrenado de los últimos años del conde de C..., podían aún proporcionarme una existencia solitaria y modesta; pero lo que la señora de Vercel me dijera respecto del influjo que lo pasado ejerce sobre lo porvenir, era demasiado cierto; una vez adquiridos los hábitos del lujo y de la disipación, es menester un valor sobrehumano para encerrarse de nuevo en la oscuridad. Yo me veía ensalzada por una nube de jóvenes ricos, gallardos, alegres, que me entronizaban sobre todas las mujeres y me habían elegido reina de la moda y de la elegancia. Mis sonrisas eran mandatos, y

ellos, como esclavos atentos, se apresuraban á obedecer. Doquiera yo iba, allá arrastraba á la muchedumbre, y con ella la alegría, el ruido, la embriaguez, el sueño eterno del goce; y esto duró hasta el día en que, mirando con terror en torno mío, no pude medir el camino que había adelantado, las alturas de donde partiera y el abismo á que había descendido. No cabía forjarme ilusiones; por más que me engrandeciera con nombres célebres, antiguos ó modernos; que me apellidase á mí misma Aspasia ó Ninón; por más que yo me dijese que era un astro del siglo de Pericles y de Luis XIV, ese astro, visto al través del telescopio de la moral, perdía rápidamente su esplendor. Estas alternativas de orgullo y de afrenta, de elevación y de bajeza, duraron hasta el día en que sentí penetrar en mi alma el amor casto, tierno, abnegado, profundo, el amor que podía restituirme á lo pasado y á lo venidero, al arrepentimiento y á Dios, en una palabra, hasta el día en que vi á Mauricio.»

Clotilde no fué dueña de reprimir un estremecimiento al escuchar esta confesión del amor de Fernanda por su marido.

—¡Oh! nada tema V., señora, dijo ésta, que advirtió el efecto producido por sus palabras; Mauricio es verdaderamente á quien debo el haber recobrado la razón; pero es asimismo cierto que éste ha cesado de ser el pensamiento y la esperanza de mi vida. Desde el momento que he sido introducida en esta casa, que he respirado el ambiente que V. aromatiza y que me ha estrechado usted la mano, todo ha concluido. Al verle de nuevo me he sentido más firme en mis propósitos; doliente y casi moribundo, lo que corresponde es salvarle, pero únicamente para V. Con la salud recobraré la razón, y entonces apreciaré su virtud de V., señora, á la cual mi degradación da más realce; su pureza, á la que vuelve más adorable mi deshonor. En cuanto á mí, todavía no ha concluido mi ministerio en esta casa, y sé lo que me falta hacer.

Fernanda se calló.

Las dos jóvenes guardaron unos instantes de silencio;

pero cual si Fernanda hubiese continuado hablando, Clotilde abandonó, como entre las de una amiga, la mano que tendiera á su interlocutora.

XVIII

Fernanda había guardado silencio premeditadamente, para que la singular historia que acababa de referir tuviese tiempo de producir efecto; luego, cuando conoció que Clotilde estuvo bien penetrada de la parte dolorosa del relato, continuó en estos términos:

—Ahora ya sabe V. adónde una falta puede conducir á una joven. ¿Quiere V. que le diga adónde esta misma falta, que entonces cambia de nombre para llamarse crimen, puede llevar á una mujer casada?

—Diga V., respondió Clotilde mirando á su interlocutora; la escucho.

—Usted ha conocido, á lo menos de nombre, á la baronesa de Villefore, ¿no es eso?

—Sí, la recuerdo; era joven y hermosa, si no me es infiel la memoria.

—Divina.

—De improviso dejó de frecuentar la sociedad; ¿qué ha sido de ella?

—Voy á decirselo á V., respondió Fernanda. La señora de Villefore tenía poco más ó menos la misma edad que V., y, como V., hacía tres ó cuatro años que estaba casada. El marido de la baronesa, que aun cuando no estaba adornado de las sobresalientes cualidades del señor de Barthele, gozaba fama de hombre distinguido, tenía treinta años, llevaba un apellido ilustre y era dueño de cuantiosísima fortuna; es decir, poseía cuanto es menester para ser dichoso.

«Cierto día, al ver no sé qué drama, ó al leer una novela, la señora de Villefore se dió á entender que su esposo no la amaba como ella merecía; que este es invariablemente el punto de partida de nuestras faltas. El

orgullo nos sugiere la fatal opinión de que en un cuerpo más endeble anidamos un alma más grande, y apenas nos abandonamos á semejante creencia, cuando ya en torno nuestro buscamos el alma gemela de la nuestra, única que puede proporcionarnos la dicha por la armonía del amor; y como el alma en pos de la cual corremos no existe, ó si existe, causas anteriores hacen casi siempre imposible tales uniones, resulta de ello una de esas equivocaciones en que la vida y la honra peligran por igual.

«Un joven de la sociedad íntima de la señora de Villefore advirtió la nueva disposición de espíritu de ésta, y resolvió cultivarla en provecho propio. Dicho joven era de buena presencia, elegante y privaba en las tertulias; poseía todas las cualidades externas del hombre de mundo, y sobre tener el corazón de bronce, era consumado maestro en el arte de derramar lágrimas, ya que á su antojo se le preñaban de ellas los ojos y la emoción le embargaba la voz. No parecía sino que en su pecho se cobijaba el alma más sensible salida de manos del Omnipotente.

«La fama que de virtuosa gozaba la señora de Villefore, había cortado hasta entonces la esperanza á quienquiera la sustentara respecto de ella; pero hasta entonces también dicha señora había creído ser dichosa y sufrido muy poco. Repare V. que aquí no hago distinción alguna entre los dolores reales y los imaginarios; entre los que se crea el individuo mismo y los que la Providencia nos envía. Todo dolor, provenga del corazón ó de la imaginación, nos hiere por modo igual, y aun sucede á menudo que los dolores que creemos sufrir son mucho más agudos que no los que realmente padecemos.

«Ignoro las circunstancias de la lucha; pero sé el resultado de ella. Tras una resistencia de tres meses, creyéndose subyugada por vehemente pasión y convencida de que otra en su lugar hubiera hecho lo mismo, la señora de Villefore se rindió. ¿Dióle la ilusión algunos instantes de goce? no puedo decirlo; ¿disfrutó de algunas horas de dicha? lo ignoro; la verdad es que la culpada advirtió á no tardar que aquel á quien creyera modelo

acabado de todas las perfecciones de la tierra era un hombre como los demás, aunque un poco más falso y disimulado.

»Entonces la señora de Villefore se refugió en sí misma y determinó vivir de las ilusiones de su antiguo amor; pero éste había volado con aquéllas, no quedándole sino el recuerdo de su falta y el remordimiento: recuerdo que la llevó en breve á un cotejo serio, á un paralelo razonado. Desde el momento en que el amante hubo disfrutado de los derechos del marido, sustituyó á éste en cuerpo y en costumbres, con la única diferencia de que sus exigencias eran más grandes y más desasosegados sus celos. La señora de Villefore, siempre libre, y respetada por su marido, era la esclava de su amante; sin cesar cercada de dudas por éste, le debía cuenta de todos sus actos: en una palabra, tales relaciones se convirtieron en atroz suplicio para aquella mujer.

»Fuese cansancio, ó bien arrepentimiento, la señora de Villefore quiso romper; pero en el hombre que la perdiera el orgullo sobrevivía al amor. La caída de aquélla y el triunfo de su seductor eran dudosos para muchos, y esto no podía permanecer así; era menester que la víctima quedase comprometida á los ojos del mundo para que pudiese recobrar su libertad. La señora de Villefore había cometido la imprudencia de escribir algunas cartas á su amante, cartas que éste conservara cuidadosamente, ya por amor, ya premeditadamente, y de las cuales hizo un arma. Encontróse, pues, la esposa infiel condenada á continuar unas relaciones que en un principio parecióle debían labrar su dicha y que ahora la tenían abatida.

»Todo lo probó la desdichada, aunque inútilmente: lágrimas y súplicas. Arrojóse á los pies de su amante, y éste la levantó sonriendo. Aquellas cartas que encerraban la prueba de su deshonra, quedaron en poder del seductor, no como prenda de amores, sino como arma para aterrorizar á la víctima.

»La señora de Villefore, que conoció estaba perdida de no recobrar las cartas mencionadas, después de haber sufrido cuantas humillaciones puede sufrir una mu-

jer, tomó una resolución desesperada: tendió la mirada en torno de sí, y se fijó en uno de los que la galanteaban, hombre de lealtad y valor á toda prueba, en el marqués de Pommereuse; pero esta vez no arrastrada por el amor, no por el delirio de la pasión que la hizo culpada, sino á consecuencia de su primera falta. Para huir de uno, se entregó friamente á otro.

»Luego, cuando el marqués hubo adquirido el derecho de defenderla, la señora de Villefore le confesó, cual pudiera con un sacerdote, su error, su fe insensata, su falta y su castigo. Entonces el de Pommereuse le preguntó por qué, desde el instante que midiera su caída, no se había levantado del fango; á lo que ella respondió contando á su nuevo amante la historia de las cartas, y cómo por éstas quedara esclava y trémula bajo la amenaza del primero.

»El marqués de Pommereuse quiso no ignorar por menor alguno, y una vez la señora de Villefore estuvo fuera, mandó enganchar, y sin pérdida de tiempo se trasladó á casa de su rival, á quien halló solo.

»—Caballero, le dijo el marqués de Pommereuse, ayer era V. el amante de la señora de Villefore; en lo presente lo soy yo.

»El interpelado contestó con un gesto de sorpresa; pero el marqués hizo una señal con la mano, y continuó:

»—¿Usted posee cartas de dicha señora?

»—¿Yo?

»—Sí.

»—¿Quién se le ha dicho á V.?

»—Ella misma.

»—¿Y que le importa á V. si las poseo ó no las poseo?

»—Mucho, y la prueba está en que va V. á devolverme-las.

»—Usted se chancea.

»—Lo más mínimo. Usted y yo somos caballeros, y entre tales hay asuntos que se ventilan en un instante. Yo ya sé que no va V. á devolverme las cartas sino tras un duelo, y aun le estimo lo bastante para creer que éste es indispensable; pero después del duelo y sea cuál

fuere su resultado, me devolverá V. las cartas, ó, si yo sucumbo, las restituirá á la señora de Villefore; no quiero más. Ya comprende V. que de obrar de distinto modo quedaría V. deshonrado. Una vez se ha derramado sangre, las cosas cambian de aspecto, y entre nosotros va á derramarse.

»—Bien está, caballero, quedo á sus órdenes.

»—Ya supondrá V. que nuestros testigos deben ignorar de todo en todo la causa de nuestro duelo.

»—Indudablemente.

»—Las cartas, metidas en sobre á mi dirección, las depositará V. en manos de un tercero. Si V. muere, yo mismo las restituiré á la señora de Villefore; si yo sucumbo, el tercero se las entregará sin saber lo que entrega.

»—Perfectamente. ¿Sitio y armas?

»—Esto no me atañe á mí, caballero, sino á nuestros padrinos.

»Entonces se comunicaron recíprocamente el nombre de sus amigos á quienes contaban confiar tal ministerio, y convinieron en que éstos se reunirían á las cinco de la tarde, cerca del estanque grande de las Tullerías, para disponerlo todo de modo que en el terreno no debiesen sino empuñar la espada ó la pistola. Luego los dos adversarios se separaron.

»Por la tarde los testigos estipularon las condiciones, determinando que el duelo se verificaría á espada, á las nueve de la mañana, en la margen del pantano de Auteuil.

»A las siete de la mañana, el ayuda de cámara del primer amante de la señora de Villefore entró en el aposento de éste, quien, al verle, le preguntó:

»—¿Qué hay? ¿ha dado ya la hora?

»—No, señor; pero ahí está el barón de Villefore que quiere hablar con V.

»—¿El barón de Villefore! ¿Qué desea?

»—Nada sé; dice que quiere comunicar personalmente á V. la causa de su visita.

»—¿Dónde está?

»—En el salón.

»—Dile que me dispense, que dentro de un instante estoy con él.

»El ayuda de cámara se salió. Poco después el barón y el antiguo amante de su mujer se encontraban en presencia uno de otro.

»—Caballero, dijo el barón de Villefore, en correspondiendo cortesmente al saludo que el último le dirigiera y después de rehusar el asiento que éste le ofrecía, ¿usted posee cartas de la baronesa?

»—¿Yo? exclamó con admiración el interpelado.

»—No se ría V., caballero; á lo que parece hasta ha llegado V. á amenazar á esa pobre mujer con hacer un mal uso de ellas.

»—Pero, ¿cómo puede V. saber que esas cartas?...

»—Muy sencillamente. Ayer ha escrito V. un billete á la baronesa, y mi ayuda de cámara, por equivocación, me lo ha traído á mí en lugar de llevarlo á mi mujer; luego lo he abierto sin fijar la atención y lo he leído sin querer.

»—¿Y bien? preguntó el amante al ver que era inútil negar.

»—Esta mañana debía V. entregar dichas cartas al marqués de Pommereuse, y ya ve V. que es más natural que me las entregue á mí.

»—Pero caballero...

»—Se entiende, con las mismas condiciones.

»—¿Con las mismas condiciones? No comprendo.

»—¿No iba V. á batirse con el marqués? Pues lo hará conmigo.

»—Pero caballero...

»—¡Hombre! repuso el barón de Villefore, bien me debe V. alguna concesión, y sobre todo me asiste derecho á ser su primer adversario.

»—Si V. se empeña...

»—Lo deseo.

»—Estoy á sus órdenes, caballero; ¿qué quiere V.?

»—Usted y yo nos subimos cada uno á nuestro carruaje, acompañados de nuestros respectivos ayudas de cámara; yo traigo mis pistolas; usted probablemente tiene las suyas, y dentro de una hora nos batimos detrás del Ranelagh.

»—¿Pero qué van á decir mis testigos cuando vengan por mí y no me hallen en casa?

»—Podrá V. darles una excusa tan buena, que con ella se darían por satisfechos los caballeros más exigentes en asuntos de honra.

»—No cabe sino complacer á V., señor barón.

»Los dos se saludaron.

»Al levantarse de la cama la señora de Villefore recibió un paquete sellado de manos del ayuda de cámara de su marido. Abrióle y halló sus cartas; pero cautivándole grandemente la atención al ver manchado de sangre el sobre y un desgarró singular que las atravesaba todas, preguntó á aquél:

»—¿Quién ha entregado á V. este paquete? ¿Supongo que habrá sido el señor de Pommereuse?

»—No, señora, respondió el ayuda de cámara.

»—¿Quién, pues?

»—El señor barón.

»—¿Cuándo?

»—En el momento de expirar.

»—¡En el momento de expirar! Explíquese V.

»—El señor barón se ha batido esta mañana y le han matado.

»—¡Matado! ¡Oh Dios mío! ¿Y quién?

»—El señor don Fabián de Rieulle.»

Clotilde dió un grito de espanto. Fernanda, para no distraerla de las impresiones que en ella acababa de producir este terrible relato, se levantó y se encaminó á la puerta para salir; pero no bien iba á poner los pies en el umbral, se encontró con la de Neuilly.

XIX

—¡Ah! dijo Cornelia, por fin doy contigo, y no por que no te haya buscado y preguntado por ti á todos los de la casa, que no sabían qué había sido de mi misteriosa

amiga. Han visto como te alejabas con Clotilde, pero ignoraban adónde se habían metido ustedes para hacerse confianzas que á mí se me niegan, aunque soy la primera que te conocí y disfruto, por tanto, de derechos anteriores. Pero ¿dónde está Clotilde?

—Aquí estoy, señoras, respondió la joven levantándose y acudiendo en auxilio de Fernanda, que había hecho lo posible para que la de Neuilly no viera el pálido y descajado semblante de aquélla; ¿tiene V. que comunicarme algo de particular?

—¿Acaso no podemos buscar á otro sin tener que comunicarle cosa alguna de particular, sobre todo cuando la persona á quien buscamos es una amiga de la infancia? Amiga de la infancia, sí, por más que á las veces Fernanda aparente no conocerme.

—Señora, dijo Fernanda, uno de los primeros deberes que me he impuesto al renunciar al apellido de mi padre, y á los cuales he prometido no faltar nunca, es el guardar siempre la distancia que me separa de aquellos á quienes he conocido en tiempos más venturosos.

—¿Qué estás hablando ahí de tiempos más venturosos? repuso la de Neuilly; ¿qué te falta para ser dichosa? Posees caballos, coches, gastas un boato que proclama una renta de diez mil duros; dicen que vives en una habitación magnífica de la calle de San Nicolás, situada en uno de los mejores barrios de París, si poco aristocrático, el de la gente adinerada. En cambio yo, que estoy arruinada, vivo en el barrio de San Germán, lo que no deja de ser una triste compensación.

Fernanda guardó silencio, pero al ver que Cornelia había logrado saber donde vivía, estremeciéndose de pies á cabeza, pues no cabiéndole sino recibirla, comprendía que desde la primera visita le sería imposible ocultarle nada.

—Mi querida prima, dijo Clotilde, al notar lo molestas que para Fernanda eran las importunidades de la de Neuilly, ya sabe V. que esta noche debemos reunirnos en el aposento de Mauricio para dar un concierto, y aun es fácil que la señora de Barthele y el conde de Montgiron nos estén ya aguardando.

—Se equivoca V., Clotilde, repuso Cornelia; la señora de Barthele y el conde se encuentran en el salón ocupados en disputar.

—¡Cómo en disputar! replicó Clotilde riendo y no cejando en su propósito de desviar de Fernanda la conversación; ¿y sobre qué están disputando?

—¿Qué se yo? El conde quería salir, sin duda con el mismo intento que yo, esto es, con el de buscar á V., cuya ausencia llamaba la atención; pero la señora de Barthele le ha retenido en el instante mismo en que se esquivaba, pretextando que el relente era todavía demasiado fresco para él. Por muy inclinado que el señor de Montgiroux esté á la rebelión, y esto lo sabe V., sus planes de resistencia se desvanecen cuando la señora de Barthele le dice: «Lo exijo». Así es que el conde se ha sentado y tasca el freno sonriendo. ¿Sabe V. que la Cámara es excelente escuela para aprender á mentir el rostro y que si yo alguna vez volviese á casarme me miraría muy mucho en tomar por esposo á un diputado ó á un par de Francia?

Esta pintura de las angustias que estaba pasando el conde, recordó á Fernanda que el deseo que éste tenía de dar un paseo, obedecía pura y sencillamente á la esperanza de encontrarla á ella; y como no tenía motivo alguno para no conceder á aquél la explicación que deseaba, ensayó adelantar algunos pasos por el corredor para alejarse de sus dos compañeras y deslizarse al jardín; pero el desembarazarse de la de Neuilly no era empresa fácil.

—¿Adonde vas, amiguita? preguntó ésta á Fernanda; no parece sino que á todos les ha dado hoy por pasearse por el jardín. Usted quiere pasearse, el conde de Montgiroux también lo quiere, León y Fabián se están paseando, y aun á mí me parece que voy sintiendo la manía de la locomoción. Si te parece, mientras Clotilde se sube á ver si Mauricio está dispuesto á recibirla á V., las dos podríamos pasearnos.

—Señora, contestó Fernanda, dispénsame V. que no acepte su ofrecimiento, por obsequioso que sea; pero si me lo permite tendré la honra de reunirme con V., den-

tro de un instante, en el salón. Voy á comunicar una orden á mis criados.

Fernanda hizo un ligero movimiento parecido á una reverencia y se alejó con ademán que indicaba cuánto la molestaría la de Neuilly si persistía en acompañarla.

La viuda siguió á aquélla con la mirada hasta que hubo traspuesto la puerta, y luego murmuró:

—¡Sus criados! ¡sus criados! parece increíble que una señora Ducoudray los tenga, mientras yo... ¡en fin!... ¡Cuándo pienso que si mi marido no hubiese colocado toda su fortuna en vitalicios también yo los tendría!... Quisiera saber que tiene que decirles.

—¡Bah! dijo Clotilde, habrá ido á ordenarles que tengan dispuesto su carruaje.

—¿Dispuesto su carruaje? No me ha dicho V. que dormía aquí?

—Así me lo había prometido; pero indudablemente las importunidades de que ha sido objeto desde esta mañana le habrán hecho cambiar de parecer.

—¿Las importunidades? ¿quién importuna, pues, aquí á la señora de Ducoudray? Supongo que no habla V. para mí, mi querida Clotilde.

—No, señora, respondió la mujer de Mauricio, aunque hablando con franqueza, creo que las preguntas que usted le ha dirigido la han contrariado un poco.

—Turbado, querrá V. decir. Pero amiga mía, lo que ha pasado es lo más natural del mundo. Encuentro en casa de V. á una antigua amiga de colegio y la agasajo; me informo de que está casada, que se apellida Ducoudray, y quiero saber quién es ese señor Ducoudray, qué hace y cuál es su posición social; me parece que esto es interés. Yo, cuando dejé mi apellido Morcerf para tomar el del señor de Neuilly, dije á todos los que quisieron oírlo quién era mi esposo. ¿No es así, señora baronesa?

Este apóstrofe iba dirigido á la señora de Barthele, la cual pasaba por la antesala donde acababan de entrar Clotilde y la viuda. Así, pues, aquélla se vió constreñida á detenerse para responder á la de Neuilly.

Por lo que respecta á Fernanda, como ya hemos dicho, había tomado la resolución de chocar de frente con

su demasiado oficiosa amiga, y descendido al jardín; pero al acercarse á la alameda que conducía al sitio donde sirvieran el café, oyó rumor de pasos y voces en ésta: eran León y Fabián; y como no tenía deseos de encontrarse con los jóvenes, se metió por una alameda cubierta que le pareció debía de conducirla, por medio de un rodeo, al bosquecillo de lilas, madreselvas y ébanos, cuyo aroma llegaba hasta ella en alas de la brisa nocturna.

Al principio Fernanda, compadecida del pobre anciano, que amándola como la amaba de buena fe, sufría realmente, había andado con rapidez, obedeciendo á este generoso impulso; pero pronto reflexionó que iba á encontrarse en presencia de aquel á quien pertenecía, y la terrible idea de que estaba unida á un hombre con los lazos de un trato deshonesto, la hizo estremecer. Entonces á pesar suyo acortó el paso, y la incertidumbre, alejada un instante por la exaltación, vino á combatir de nuevo y con más persistencia la resolución que tomara. En efecto, el conde de Montgiroux, que debía saber ya que el estado peligroso de Mauricio era debido á una pasión condenada por todas las leyes sociales, ¿no tenía derecho á dirigirla cargos por la turbación que había llevado á aquella casa? ¿Creería que ella ignoraba el casamiento de Mauricio? ¿Y ella á su vez, sufriría con paciencia las celosas recriminaciones del conde, ó, al contrario, se aprovecharía de esta circunstancia favorable para romper con el anciano? Todas estas preguntas hirieron sucesivamente el espíritu de la joven pidiendo una solución. Indudablemente la cortesana podía erguir la cabeza y decir en su conciencia: ¿Acaso le he sido infiel desde el día en que consentí en ser su querida? ¿Puede recriminarme lo pasado? ¿Por ventura me ha conducido aquí mi voluntad? ¿Sabía yo si iba á ver de nuevo á Mauricio, á encontrar moribundo á aquel á quien dejé lleno de vida, si me era dable devolverle la vida infundiéndole esperanzas, si seguía amándome, ni si este amor era lo que le estaba matando?

Hecho este raciocinio, apoderóse de Fernanda otro orden de ideas; algo como el vértigo la invadió turbán-

dole los sentidos. Imaginaba que ahora que había visto á Mauricio al lado de Clotilde, y adquirido por sus propios ojos la convicción de que éste sentía por su mujer únicamente un amor de hermano, nada impediría que ella gozase otra vez de su primera dicha. Ahí estaba el pequeño y virginal aposento, en el que nadie había puesto los pies, sino Mauricio, y cuyo umbral volvería éste á traspasar, de rodillas, á su primera insinuación. Mauricio comprendería el arrepentimiento de Fernanda, porque sabría que ella había sufrido tanto como él; y luego, una vez los dos se hubiesen perdonado y olvidándolo todo, volverían, cual en otro tiempo y en misterio profundo, á disfrutar de ese éxtasis y de ese egoísmo que conduce á la indiferencia, al olvido del mundo entero.

¡Ah! nuestro relato no es una descripción de sucesos, sino un drama analítico. Hemos comenzado poniendo de manifiesto á los ojos de nuestros lectores todos los sentimientos que germinan en el corazón de los personajes que figuran en escena. Lo que hacemos es una autopsia moral, y así como en el cuerpo más sano siempre se descubre alguna lesión orgánica por la cual tarde ó temprano penetrará la muerte, del mismo modo se hallan en el corazón más generoso ciertas fibras ocultas y vergonzosas que recuerdan que el hombre es una amalgama de ideas levantadas y de acciones mezquinas.

Ahora bien, esta fibra oculta y vergonzosa, adormecida en lo más íntimo del corazón de Fernanda, mientras las palabras de la señora de Barthele y las ingenuas demostraciones de agradecimiento de Clotilde la habían sostenido, se despertó en el momento en que por vez primera se encontró á solas con su amor por Mauricio, aumentado todavía por la certeza que de ser correspondida con igual intensidad le cabía. Dominada, pues, por esta fiebre del alma, por esta sobréxcitación moral, si así podemos expresarnos, Fernanda entró en el bosquecillo donde debía aguardarla el conde, cuando prontamente se detuvo, inmóvil y sin aliento como una estatua. Acababa de oír, procedente del lado opuesto del seto de ojaranzos, las voces de Montgiroux y de la señora de Barthele.

La baronesa no había podido vigilar tan rigurosamente al conde, que éste, aprovechando un instante en que ella estaba hablando con el médico, no hubiese logrado esquivarse para dirigirse apresuradamente al bosquecillo donde creía hallar á su hermosa querida; pero como ya hemos visto, Fernanda, obligada á dar un rodeo á causa de haberse encontrado con León y Fabián y luego acertado el paso á consecuencia de los pensamientos opuestos que la asaltaron, había empleado doble tiempo del necesario en llegar al sitio para donde estaba citada. Montgiroux encontró, pues, solitario el bosquecillo, mas en la seguridad de que la joven no tardaría en reunírsele, la aguardó paseándose.

Pronto, en efecto, el roce de un vestido le anunció la llegada de una mujer.

—Acá, señora, acá, dijo el par de Francia, encaminándose apresuradamente al encuentro de la persona que llegaba; hace un siglo que me encuentro aquí. Supuse que V. comprendería cuánto me importaba hablarla; pero en fin, está V. aquí, y nada más deseo, porque confío en que va á darme la llave de lo que está pasando.

Con grande admiración, empero, de Montgiroux, una voz distinta de la de Fernanda respondió:

—Usted va á ser, caballero, quien me explique la causa de esta extraña cita.

—¡Cómo! ¿es V., señora? exclamó el par de Francia.

—Sí, señor, yo misma, yo, á quien estaba V. muy lejos de esperar ¿no es así? yo, que he sorprendido el secreto de una cita cuya causa busco en vano explicarme. ¿Qué relación puede existir entre V. y la señora Ducoudray, ó más bien, entre V. y Fernanda? ¿Dónde la ha visto V.? ¿de dónde la conoce? Vamos á ver, responda usted, hable, diga.

—Pero señora, tartamudeó el conde, acorralado de esta suerte y de antuvión en sus últimas trincheras, ¿de veras va V. á armarme un caramillo de celos?

—Muy de veras, caballero. Soy crédula, demasiado quizá, ya que hace seis semanas admito por buenos todos los cuentos de oficinas, de reuniones preparatorias y de

comisiones que V. me ensarta; pero la credulidad tiene sus límites, y lo que estoy viendo desde esta mañana me abre los ojos.

—¿Y qué ha visto V., señora? preguntó el conde con espanto.

—Que la señora Ducoudray es joven, hermosa, y elegante, y, según dicen, muy coqueta; he visto su inquietud de V. cuando le han hablado de ella, su admiración cuando ha parecido, y los signos de inteligencia que le ha hecho V.

—¿Yo?

—Usted, sí. Verdad es que ella no ha contestado; pero sea lo que fuere, V. le ha dado cita, y esto no me lo negará, pues su presencia en este sitio y el haberme tomado por ella, son la más patente demostración de lo que digo. Pues bien, yo soy quien acudo á la cita esa, anticipándome á Fernanda, cuyo sitio ocupo; de consiguiente me debe V. una explicación, y me cabe derecho á exigirla, sí, señor, pues le he permanecido fiel á pesar de que V. ha debido haberme sido traidor.

Este alud de reproches asumió para el conde una ventaja y es que le dió tiempo de preparar su réplica. Así es que cuando la baronesa se detuvo para recobrar el aliento, él estaba casi repuesto de su emoción y había ya imaginado el medio de salir del mal paso en que se atascara.

—¡Cómo! señora, dijo Montgiroux, aparentando la mayor impasibilidad y encogiendo ligeramente los hombros, ¿usted no lo ha adivinado?

—No, señor, no he adivinado; tengo muy malas entendederas, lo confieso, y espero que V. se explique.

—¿Usted ya sabe, continuó Montgiroux bajando la voz, quién es esa mujer á la cual ha puesto V. en relación con Mauricio?

—Una mujer hechicera, caballero, de elegancia exquisita, la hija del marqués de Mormant, y amiga de la de Neuilly. No dirá V. que los celos me vuelven injusta para con mi rival.

—Es verdad, prosiguió Montgiroux, íntimamente satisfecho de que la señora de Barthele hiciese tan cum-

plida justicia á su querida; pero además es persona muy conocida, y aun demasiado célebre, á quien no son parte á absolver su buen tono, sus irreprochables modales y su encumbrada cuna.

—¡Cállese V., mi querido conde, repuso la baronesa; ¿acaso no ve V. todos los días en nuestra sociedad mujeres que llevan una vida mucho más escandalosa que la señora Ducoudray?

—Sí, respondió Montgiroux; pero las que V. quiere decir están casadas ó viudas.

—¡Vaya una excusa peregrina! Si Fernanda encontrase un joven tronera arruinado ó un viejo enamorado que cometiese la locura de casar con ella, se convertiría en una mujer como las demás, y aun diré mejor; entonces todos la rodearían solícitos, y su ingenio, hoy ignorado, sería el regalo de las tertulias más aristocráticas. No mueva V. la cabeza así, como diciendo que no, caballero, pues abundan los ejemplos de lo que digo. Mire usted, yo, que me parece he llevado una vida ejemplar, sería la primera en recibirla.

Esta lisura de la baronesa hizo sonreír al conde, quien continuó:

—Pues yo sería más rigorista. Respecto á las cualidades de Fernanda, V. y yo estamos de acuerdo: es adorable, hechicera, y comprendo que un día encienda una de esas pasiones superiores á toda consideración social, las cuales crean una posición á una mujer que no la tiene; pero interin aquélla no alcance la posición esta, me corresponde á mí hacerle comprender que debe no permanecer más tiempo en esta casa, que es inconveniente aceptar la hospitalidad en ella, que y por ningún concepto puede pasar la noche bajo el mismo techo que Mauricio y su mujer.

—Pues mire V., mi querido conde, me place decirle, si es que para sólo esto ha venido, que la cita es inútil, pues temiéndome algo parecido, acabo de encargar á la de Neuilly diga á los criados de Fernanda que se vuelvan á París: y como la de Neuilly ha debido comunicar á aquéllos la orden en nombre de su ama, la señora Ducoudray se queda aquí hasta mañana por la noche.

—Me parece que no ha hecho V. semejante.

—Mucho que sí, y aun estoy satisfecha de mi resolución.

—Pero mujer, ¿va V. á ser inconsecuente toda su vida?

—¡Inconsecuente! ¡porque amo á Mauricio, porque no quiero que Mauricio se muera y quiero conservar á aquella que le ha salvado como por milagro con sólo su presencia y puede, marchándose precipitadamente, hundirle esta noche en el estado en que se encontraba esta mañana! Seré tan inconsecuente como V. quiera, pero ante todo soy madre, y la señora Ducoudray permanecerá entre nosotros.

—No lo crea V., señora, repuso el conde, pues ella misma se hará justicia. Semejante visita, por singular que sea, puede hallar disculpa en un error, en una broma; pero prolongarla es provocar un escándalo.

—¿Y quién va á promover el escándalo ese?

—La señora de Neuilly.

—¿No ha presenciado V. el recibimiento que ha dispensado á Fernanda?

—Porque la toma por la señora Ducoudray.

—Y continuará creyendo que es lo que no es, en lugar de saber quién es.

—Pero cuando menos imaginemos pueden desengañarla de su engaño.

—¿Quién?

—Cualquiera, Fabián ó León, por ejemplo.

—¿Qué les movería á hacerle semejante confidencia?

—¿Quién es capaz de leer en el corazón de dos atolondrados de su especie?

—Cuidado, señor de Montgiroux, con las acusaciones, pues en este caso me daría V. á comprender que está celoso de ellos porque enamora á la de Ducoudray.

—Pues se equivocaría V., mi querida amiga, replicó el conde con recrudescencia de ternura hacia la baronesa; no estoy celoso sino de la tranquilidad de Clotilde y de la dicha de Mauricio.

—Me parece que á mí tampoco me guía otro intento

que el de restituir un marido á su mujer, al retener aquí á la señora Ducoudray.

—¿Y si, por el contrario, se lo arrebatara V.?

—Si no se explica V...

—Quiero decir, ¿si una pasión bastante violenta por haber puesto en riesgo la existencia de Mauricio, no le ha devuelto ésta sino con la esperanza de verse correspondido? Entonces sería V. quien habría introducido en la cámara misma de Clotilde una rival preferida. ¿Y en esto no ve V., mi querida baronesa, un inmenso peligro para lo porvenir de esos dos muchachos?

—Verdaderamente es atinada esta reflexión, respondió la señora de Barthele; y ya ve V. que cuando se me habla con juicio soy razonable.

—¿Y yo no lo soy acaso? El paso que me proponía dar era por demás natural; obedecía á mi cualidad de tío previsor el querer alejar de esta casa, lo más antes posible, á la señora Ducoudray; inspirábame mi conducta el amor que llevo á Clotilde...

—Lo comprendo; pero ¿qué le haremos? he sospechado de usted.

—¡De mí!

—Sí, mas va V. á perdonármelo.

—Menester será.

—Y bien mirado no sería de extrañar que no hubiese usted podido resistir á los hechizos de esa sirena.

—¡Vaya una idea!

—Terrible.

—¿Por qué?

—Porque... en una palabra, porque si Mauricio hubiese sido el amante de la señora Ducoudray...

—No lo ha sido nunca.

—Bien, pero si lo hubiese sido, sus relaciones de V. con esa mujer se convertían en un crimen.

—¡En un crimen! ¿Y por qué?

—Porque Mauricio es hijo de V., querido conde, y esto lo sabe V. perfectamente.

En este instante se oyó una débil voz detrás del seto de ojaranzos, voz que hizo enmudecer al conde y á la baronesa, quienes cruzaron una mirada de inquietud y

se salieron del bosquecillo; pero como no vieron alma viviente, se tranquilizaron, y se encaminaron hacia la quinta, siguiendo en voz baja la conversación.

XX

Entre tanto, como el lector no habrá hechado al olvido, los dos amigos se paseaban fumando.

—Y dime, León, dijo Fabián siguiendo con la mirada la espiral de humo que se elevaba girando encima de su cabeza, ¿no te admira el sesgo maravilloso que han tomado los acontecimientos, y no reparas como toda buena acción halla su recompensa? Toda mi vida he sustentado el deseo de saber quién era Fernanda, y hete que ahora lo sé, gracias á la indiscreción de la señora de Neuilly. A ti te devoraban las ganas de conocer quién era el soberano que reinaba en el número 19 de la calle de San Nicolás, y la turbación del conde de Montgiroux te ha puesto en autos.

—Esto sin contar la divertida comedia que hemos estado presenciando durante todo el día, repuso León. ¿Sabes, querido, que Fernanda es toda una mujer, y que si no consigo mis propósitos soy capaz de enfermar como Mauricio?

—No te lo aconsejo, pues dudo que Fernanda haga por ti lo que hace por Barthele.

—¿Luego crees que sigue amándole?

—Está loca por él, salta á la vista.

—Entonces, ¿qué significan sus relaciones con el conde de Montgiroux?

—¡Oh! ¡oh! querido, este es uno de los misterios del organismo de la mujer, que mientras dure el mundo serán un enigma para los Larochevoucauld y los Labruyere de todas las edades; tal vez sea un capricho, quizás una venganza, puede que un cálculo.

—¡Fernanda interesada! ¡quita!

—¿Quién sabe? Tú has visto la superficie de todas las